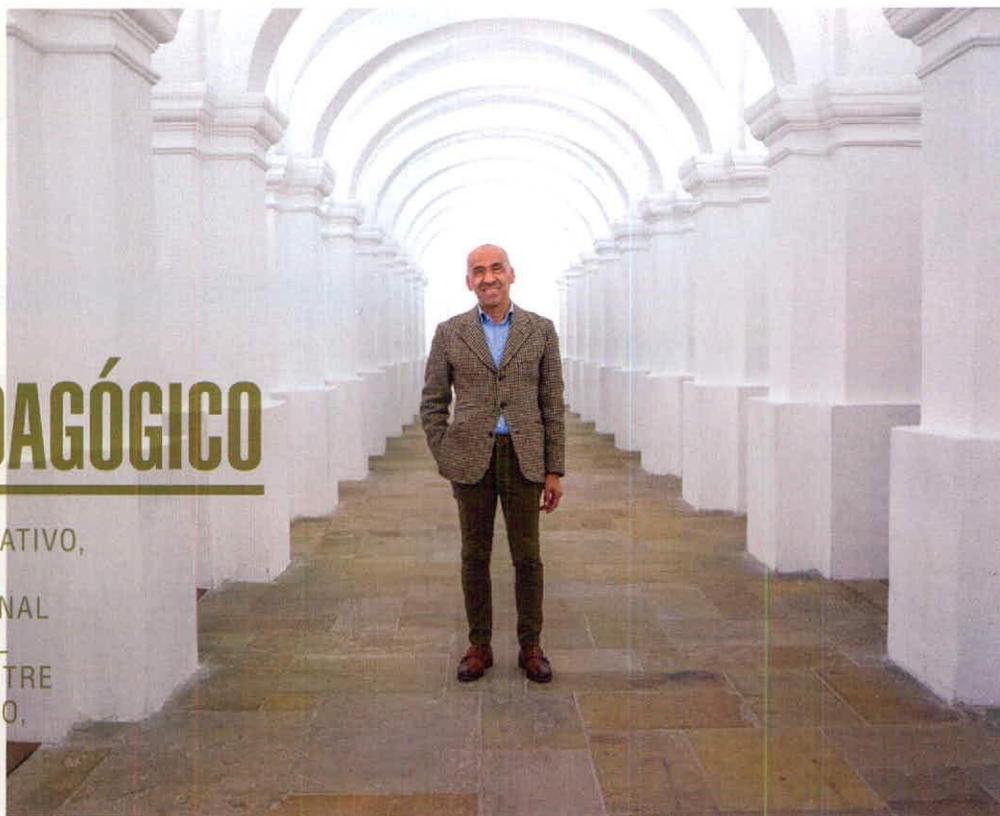


FOTO PABLO SALGADO

ESPÍRITU PEDAGÓGICO

A TRAVÉS DE SU PAPEL EDUCATIVO, DANIEL CASTRO BENÍTEZ, DIRECTOR DEL MUSEO NACIONAL DE COLOMBIA, ENCUENTRA EL PUNTO DE CONVERGENCIA ENTRE SUS INTERESES COMO MÚSICO, HISTORIADOR Y PINTOR.



SI EXISTE UNA FRASE CON LA QUE SE PUEDE IDENTIFICAR DANIEL CASTRO es con el eslogan que utilizó Tower Records: "No music, no life". No concibe la vida sin música clásica. Nació en Bogotá en 1960, "en la época de la radiola", y recuerda que a los 7 años de edad su mamá le enseñó a operar la con un disco del primer concierto para piano de Chopin. Perteneció al coro del barrio, estudió Bellas Artes en la Universidad Jorge Tadeo Lozano y antes de graduarse trabajó en el MamBo como guía. Para el área de educación —que dirigía Beatriz González— propuso hacer talleres de creatividad para niños y fue el encargado de ejecutarlos. Obtuvo su diploma en 1982 y por esa época recibió la tarea de dirigir un coro. Paralelo a ello, continuó su carrera como pintor, expuso en museos y galerías de Medellín y en Bogotá exhibió en la Garcés Velázquez y en el Salón Atenas. Cursó estudios musicales en los Andes y en el 89 propuso una estrategia de material pedagógico para niños dentro de las colecciones del Museo Nacional de Colombia. Viajó a Europa para profundizar sus estudios musicales y vivió cinco años en Viena hasta que se radicó de nuevo en Bogotá para coordinar el área de Proyectos Educativos Especiales del Museo Nacional. Implementó el mismo proyecto en la Casa Museo Quinta de Bolívar, entidad que dirigió junto con el Museo de la Independencia Casa del Florero hasta que en el 2016 fue nombrado director del Museo Nacional de Colombia. En el 2007, a puertas de la celebración del Bicentenario, hizo una maestría en Historia Social de la Universidad

Nacional y ahora, muy cerca de los doscientos años del emblemático 7 de agosto, prepara una exposición en diálogo de dos artistas del siglo XIX.

Un maestro que lo haya marcado.

Guillermo Zuluaga, director de curso en primero y cuarto de bachillerato en el colegio San Viator. Su lección fue habernos trasferido un espíritu de colaboración, solidaridad y trabajo en equipo. Él decía que las cosas se hacen con el aporte de todos y cada uno de los miembros del grupo.

¿Qué es lo más importante que ha aprendido de la música?

La música me enseñó a escuchar atentamente. Soy un funcionario y en esa medida debo estar al servicio de la ciudadanía. Atento y escuchando. También me ha enseñado a ejercitar el trabajo colectivo. Un coro implica un trabajo de sinergias, sintonía y alineación de muchas voluntades.

Si solo pudiera salvar un disco, ¿cuál rescataría de un incendio?

Cualquier obra de Johann Sebastian Bach.

Para usted, ¿cuál es el mejor invento de la humanidad?

La bicicleta y el avión.

¿Cuál es la obra arquitectónica que más lo ha impactado en el mundo?

Cualquier templo budista en Kioto es para mí el espacio.

¿Y en Bogotá?

La sala de conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, del arquitecto Germán Samper.

Una ciudad para volver.

En Viena me siento tan cómodo como en mi apartamento.

¿Qué mensaje les daría a los maestros formadores de los nuevos artistas?

Que enseñen a escuchar atentamente y a pensar integralmente, no de manera compartimentada.

Un objeto de deseo.

Siempre un libro.

¿Qué busca en el diseño de muebles?

Comodidad. No tiene que ser uno de Mies van der Rohe.

¿Cuál es la exposición temporal más reciente que visitó?

La de Max Beckmann, en el Thyssen-Bornemisza, en Madrid. Y en el Museo de Bellas Artes de Viena, la de Pieter Bruegel.

¿Qué exposición tiene en mente?

La historia del Museo Nacional contada en 200 objetos. H